

TEMES

La gran confrontación entre democracia y dictadura. Reflexiones generales y problemas de interpretación

Jordi Casassas i Ymbert

UNIVERSITAT DE BARCELONA

ABSTRACT

Plantea la conveniencia y los límites de la historia comparada en el análisis de la gran confrontación europea entre democracia y dictadura, centrándose en el contraste entre las dinámicas de España e Italia. Analiza el deterioro de la praxis democrática occidental en relación con la teoría del “prefascismo” y analiza los límites de la democratización sudeuropea deteniéndose en el análisis del caso catalán.

Palabras clave: historiografía, revisionismo, “prefascismo”, democracia, dictadura, intelectuales.

ABSTRACT

It considers the usefulness and the limits of compared history in terms of analysis of the “great European confrontation between democracy and dictatorship”, focusing on the contrast between the dynamics of Spain and Italy. It analyzes the deterioration of the Western democratic praxis in relation to the theory of “pre-Facism” and analyzes the limits of the democratization of Southern Europe by paying special attention to the Catalan case.

Key words: historiography, revisionism, “pre-Facism”, democracy, dictatorship, intellectuals.

Los límites de la historia comparada

Cuando nos proponemos realizar un estudio comparado resulta fundamental determinar sobre qué elementos históricos lo estableceremos y si estos podrán constituir, a la postre, una forma de violencia sobre los distintos casos

particulares, hasta el punto de terminar desvirtuándolos. Así pues, ¿es lícita la utilización de unos parámetros conjuntos y de un vocabulario consensuado que nos faciliten la comparación? ¿La utilización de conceptos o esquemas de análisis foráneos nos permiten explicar otras formaciones sociales o dinámicas políticas? ¿Debemos contentarnos con aceptar unas coincidencias cronológicas o, más allá, podemos aventurar la posibilidad de que nos hallemos ante respuestas análogas a problemas de fondo y a contextos similares? Concretamente, ¿podemos repensar las relaciones entre democracia y dictadura más allá de la yuxtaposición de casos concretos, cada vez más autónomos a medida que avance el trabajo histórico?

Aún en el caso de que situemos el estudio comparado de esta confrontación entre dictadura y democracia en el terreno de las ideas, reaparecerá una forma de frustración en el momento en que debamos contrastar las dinámicas culturales con los hechos concretos y las dinámicas históricas específicas, siempre plurales por definición. Por otra parte, no creemos procedente analizar un fenómeno como el totalitarismo por contraposición con los valores morales que atribuimos al liberalismo, los cuales, entre otras cosas, excluyen por principio el mismo hecho revolucionario. Sin una contextualización histórica muy precisa el estudio caerá forzosamente en la abstracción y la simplificación consistente en considerar a un sistema como la representación del mal y a otro como la personificación del bien (sin que ello signifique que el análisis histórico adecuado tenga que excluir la posterior condena moral del totalitarismo).

En el caso italiano, por ejemplo, se ha escrito muchísimo después de 1945 sobre el balance del *Ventennio Nero*, acerca de qué hizo posible la «cómoda» y parlamentaria llegada del fascismo al poder, sobre la naturaleza del consenso del que este disfrutó –como mínimo hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial–, o sobre si existió una corriente contraria sobre la que poder rehacer un pensamiento democrático y republicano al término de la guerra. En ocasiones tan excepcionales como las que vivía Italia en esta coyuntura, el debate superaba el análisis histórico para convertirse en el reflejo de una lucha ideológica y política, con sus correspondientes reproches políticos y sus a priori moralizantes no exentos de una voluntad de difuminar el relato histórico en lugar de intentar esclarecerlo. Aquello a lo que se tiende en estas ocasiones es a estereotipar las acciones y actitudes

de algunas personalidades a las que se recurre para evidenciar la presencia intemporal de una posición democrática confrontada al totalitarismo y de una línea de continuidad moral que permite el «reinicio» democrático tras el paréntesis histórico fascista.

Siguiendo con el caso italiano, encontraríamos un ejemplo de esta continuidad histórica ideal en la valoración unívocamente liberal de figuras como Luigi Einaudi y Luigi Albertini (desde el *Corriere della Sera*) o del gran referente intelectual Benedetto Croce (autor de la liberal *Storia d'Europa nel secolo decimonono*, 1931). Sin embargo, con esta simplificación estaremos cometiendo un acto de moralismo providencialista cuyo fin es sustraernos de la visión perturbadora e impura de cierta tolerancia (en algunos casos abierta colaboración) con el ascenso del fascismo por parte de personas a las que consideramos, con razón, verdaderos iconos. En el caso de Einaudi, no podemos olvidar sus declaraciones iniciales en las que manifestaba de qué forma el fascismo había sabido contrarrestar el desafío al sistema capitalista representado por las ocupaciones de fábricas de 1921 (Albertini se manifestará en un sentido similar en mayo de 1923); en el caso de Croce, cabría destacar su relativa tolerancia hacia el nuevo régimen hasta principios de 1925, con el caso Matteoti aún candente. Fueron muchos los intelectuales que se mostraron condescendientes con el fascismo inicial, como consecuencia de su preocupación tras la Gran Guerra por la estabilidad del mundo burgués liberal y por las críticas que hacían peligrar la estabilidad del Estado nacional.

Existe, como en todas las dictaduras, la literatura antifascista producida por el exilio. En el caso italiano esta fue vastísima, pero solía despertar mayor interés entre los servicios secretos del régimen que entre el público del interior y su incidencia sería inapreciable en la reconstrucción política posterior (ocurrirá algo parecido en el caso español). Tan solo se sustraen a esta marginalidad unas pocas personalidades que escapan al anonimato debido a su relevancia pública, por lo que en el período posterior podrán ser recuperadas como el testimonio de la permanencia colectiva de una resistencia antifascista, que no llegó a serlo del todo en realidad. Tal sería el caso de personalidades como Max Ascoli, Carlo Sforza, Egidio Reale, Guglielmo Ferrero, Max Salvadori, Silvio Trentin, Antonio Borgese y algunos más; o también de G. Salvemini o F. Saverio Nitti con sus análisis

del desánimo moral y psicológico de las democracias occidentales ante el ascenso del totalitarismo. Siguiendo con el ejemplo italiano, en otros casos será la dura experiencia del exilio la que despertará una preocupación real por los problemas del interior. Así ocurriría con los comunistas italianos y su descubrimiento de la Italia real durante los años 1927 a 1939, en las páginas de la revista *Lo Stato Operaio*, publicada en París.

La contextualización de las doctrinas políticas

La proliferación de posteriores hagiografías moralizantes (siempre desde una perspectiva democratizante) ha impedido en buena parte una correcta comprensión del sentido con que se acogió el ascenso de los movimientos totalitarios en toda Europa. La dinámica posterior a la Gran Guerra (y su contraste internacional con la revolución bolchevique) no solo fue vista con miedo por una oligarquía temerosa de perder privilegios y prerrogativas, sino también por parte de una intelectualidad alarmada ante la posibilidad del fin del sistema gracias al cual había adquirido buena parte de su relevancia cultural y social, un sistema que representaba su espacio natural de desarrollo personal y colectivo. A partir de aquí pueden entenderse muchos comportamientos individuales y colectivos que no se derivan necesariamente de la defensa de intereses materiales, sino de algo más complejo.

Por norma general, cuando criticamos una doctrina casi nunca lo hacemos desde una argumentación filosófica; básicamente, lo que en realidad hacemos es cuestionarla desde sus implicaciones políticas concretas (su praxis). Pero, al mismo tiempo, la enorme tensión que ha envuelto la historia del siglo XX ha propiciado la confusión de formas de abstracción de alto contenido ideológico con la acción concreta, hasta el punto de convertir la misma acción en una forma estereotipada y doctrinal de la realidad (bueno/malo). Así pues, resulta harto difícil plantearse el estudio de una confrontación tan dramática como la que empareja la democracia con la dictadura sin caer en los a priori y las abstracciones a los que recurrimos cuando tratamos de justificar una doctrina o un sistema político por oposición a los que denostamos al confrontarla con lo que consideramos los hechos reales a través de los que se ha manifestado. Buen ejemplo de ello sería el cuestionamiento del relativismo histórico realizado por el filósofo Jürgen Habermas en virtud de la primacía del juicio moral.

Si partimos de la consideración de los ideales-tipos, deberemos tener muy presente la evolución y el cambio histórico naturales que experimentan los valores básicos, las doctrinas y las estrategias políticas a lo largo del tiempo, al compás de la evolución de los grandes climas de época. Así, por ejemplo, debemos entender el mundo liberal y su tendencia occidental a la democratización al margen de cualquier forma de idealización. Se trata de una dinámica cambiante y con una gran carga local, sujeta a su materialización a través de las distintas culturas políticas locales. Debemos preguntarnos, por ejemplo, por la naturaleza de la implantación del sufragio universal en el sur mediterráneo y hasta qué punto ha servido de estímulo al surgimiento de una política de masas; si, por el contrario, de lo que se trata es de una forma nueva de consolidación de las hegemonías tradicionales con una base social progresivamente reducida, la pregunta que queda planteada es de dónde debería haber partido el consenso masivo acerca del sistema democrático en estas áreas.

En el mundo mediterráneo, el choque entre la débil democratización y el creciente antiparlamentarismo va a determinar la crisis de las sociedades tradicionales y la necesidad de una rápida adaptación de los estados y sus burocracias, así como de un creciente intervencionismo y una mayor capacidad de nacionalizar a la nación. Como telón de fondo de estos cambios hallamos la violencia: una violencia interna doctrinal y social que se apoya en el tenso proceso de masificación e individualización de la sociedad; y una violencia externa o colonial que hará que las sociedades desarrolladas se acostumbren a todo tipo de brutalidades en los años previos al estallido de la Gran Guerra; una violencia moderna, a fin de cuentas, pero no exenta de rasgos tradicionales (familiares, religiosos, laborales, locales, etc.) que, precisamente, van a diluirse a lo largo de este proceso. Efectivamente, aun considerando este caparazón externo antiliberal, en esta violencia hallamos el reflejo de los cambios burocráticos, tecnológicos, armamentísticos, etc., que se están produciendo durante estos años, unos cambios que enmarcan el rápido fortalecimiento de la estructura de los estados y su creciente capacidad para subordinar y disciplinar a las masas.

Estos temas de fondo nos obligan a analizar detenidamente la distancia que se establece entre los procesos formales de democratización política (sufragio, pluralidad de partidos, opinión pública, medios de difusión, etc.) y

la democratización real de las sociedades. Tras la Gran Guerra (y por descontado durante la excepcionalidad bélica) la facilidad con que las masas abandonaran los valores y las prácticas democráticas debe servirnos de telón de fondo de las afirmaciones individuales de los cabezas de serie políticos y de los grandes teóricos. En este escenario, el alcance de la literatura política debe matizarse con la producción cultural general y con las referencias biográficas concretas (pese al filtro al que deben someterse, las autobiografías posteriores serán de gran interés), junto con la correspondencia, la «crónica de sociedad» u otros materiales indirectos que adquieren una relevancia especial. A menudo, la vida parlamentaria puede movernos a engaño, por cuanto la «clase política» sigue determinada aún por los comportamientos elitistas del período anterior, con un vocabulario que envejece rápidamente y dando la espalda a unos electores que crecen en número al tiempo que se despersonalizan definitivamente en medio de la masa.

Para evaluar la dimensión de los cambios que se están produciendo debemos centrarnos en áreas concretas y en la forma en que cada cual intenta superar los grandes «hechos/impactos» que se producen en estos inicios del siglo XX. Para este fin, resultarán de especial interés los momentos de tensión extraordinaria como los que representan las guerras, especialmente cuando comportan una confrontación civil, puesto que van a determinar poderosamente las situaciones de posguerra, la reconstrucción posterior. De este tipo de situaciones extremas tan sólo se podrá salir de forma escalonada y dando respuesta a problemas de índole diversa:

a) La salida de estas situaciones traumáticas dependerá en gran medida de la valoración individual y colectiva del lugar que esta área y su cultura ocupan en el mundo: así, por ejemplo, el talante de los habitantes de áreas tradicionalmente deprimidas y su fatalismo respecto a los poderosos, respecto a la depreciación del campo frente a la ciudad, respecto al área en su conjunto en comparación con el Norte desarrollado, etc. Las valoraciones locales y difusas son las que más perduran frente a los pronunciamientos oficiales. En relación con esto, el historiador alemán Reinhart Koselleck ha hablado de la necesidad de combinar el estudio de los «espacios de la experiencia» y del «horizonte de las expectativas».

b) La resolución de los problemas cotidianos acostumbra a tener muy poco de heroico. Aquí nos encontramos, por regla general, con problemas

prosaicos que a menudo se fundamentan en impulsos de una carga moral bastante contradictoria, porque no se acomodan a las versiones oficiales generalmente idealizadas ni a las grandes formulaciones doctrinales.

c) El problema de las *vendettas* personales, familiares y políticas constituye un obstáculo poderoso para reconducir la situación potencialmente revolucionaria que se presenta al final de cada situación extrema hacia cauces de normalidad jurídica y política. El problema del ordenamiento jurídico y judicial resulta tan fundamental como indicativo; y tanto como el del ordenamiento, resulta esencial el problema del arranque del funcionamiento judicial ordinario.

d) Los problemas derivados de las múltiples formas de colaboracionismo con la situación anterior constituyen un frente de una gran carga pasional y están expuestos a un revanchismo que por regla general se ceba en los sectores más débiles o en individualidades sobre las que se pretende ejercer un castigo ejemplar y aleccionador. Estas actuaciones, perfectamente explicables aunque contradictorias, tan sólo sirven para reproducir las tensiones de fondo y aplazar algo más la superación de estos «hechos/impactos». Con el paso del tiempo, las revisiones fruto de la mala conciencia colectiva aportarán más carga pasional, pero ahora con valores nuevos y descontextualizados que añaden nuevos elementos para aquella pretendida superación histórica.

e) A los sistemas jurídicos les cuesta mucho adaptarse a la nueva realidad postraumática, y con su inflexibilidad corporativa contribuyen poco al deseo de superación y de pacificación que experimenta de forma creciente la gente corriente. Esto adviene porque la justicia tiene que ser ordinaria, estable y universal. Resulta difícil compaginar el interés nacional con el fomento jurídico de una amnistía que debería facilitar la reconciliación.

f) En una coyuntura de gran conmoción de ideas, de moralidades sometidas a una gran tensión emocional, de marcada inestabilidad institucional y de compromisos públicos cambiantes, resulta verdaderamente difícil reconstruir el orden interno de la clase dirigente; con ello se compromete la situación «post», que, al margen de la voluntad general, puede llegar a adquirir una dimensión revolucionaria. Por definición, en estas coyunturas siempre existirán grupos o partidos forzados a representar un papel distinto del original, que podrá llevarles a actuaciones incluso contradictorias

con respecto a sus principios fundacionales (tal puede ser el caso del comunismo, especialmente visto desde la actual política de la memoria).

Las guerras pesarán mucho y en un sentido acumulativo (lo que en la Europa posterior a 1870 resultará definitivo) en las concepciones morales colectivas, en los sentimientos nacionales y de clase o grupo, así como en los comportamientos colectivos. De esta forma, las guerras contribuyen decisivamente a caracterizar períodos históricos; y ello mucho más allá de las cronologías concretas de dichas guerras. De esta forma, la simple valoración cuantitativa de las cifras de muertos, mutilados, desplazados, represaliados, etc., terminará por adquirir una dimensión relativa y una carga cultural tremenda, que supera ampliamente la simple consideración aritmética. Otro elemento a tener en cuenta es la posibilidad de conectar las cifras de la barbarie local con los episodios de violencia globales, con lo cual el caso particular adquiere una dimensión aún mayor, al tiempo que se hace más «soportable» la desgracia local.

El desafío antiparlamentario

En otro orden de cosas, conviene dar una gran relevancia a la notable facilidad con que se consolidará el corporativismo antiparlamentario (fascista o no) en el plano político, social o cultural. Este rasgo nos obliga a poner de manifiesto que estos fenómenos no representan –todo lo contrario– un hecho ajeno a la dinámica del parlamentarismo liberal democrático y a la dinámica de su implantación real. La Revolución Bolchevique se convertirá en un jalón difícil de menospreciar por el simple hecho de representar un fenómeno «externo», situado por definición fuera de la lógica del sistema capitalista; su valor ejemplar y su capacidad de contagio van a intervenir en la gran confrontación global entre dictadura y democracia.

A la hora de evaluar de manera retrospectiva los comportamientos individuales y colectivos durante los períodos dictatoriales, conviene precisar a qué momento o fase de estos procesos históricos nos estamos refiriendo. Desde esta perspectiva diacrónica, los comportamientos que se producen en la fase final y de transición hacia un nuevo régimen de estabilidad y de derecho no deben ser considerados significativos en el análisis de la situación dictatorial de partida. Otra cosa sucederá con los comportamientos que se producen en situaciones en las que parecen hundirse los fundamentos

tradicionales de la nación y de la misma sociedad. En estas situaciones excepcionales, el individuo, de forma solidaria, tiende de forma natural a improvisar la reconstrucción de las relaciones sociales que permiten conjurar el peligro de disolución histórica y de extinción institucional. Además, en estos momentos de ruptura histórica, los comportamientos individuales sólo pueden depender del impacto de coyunturas en rápida sucesión, de las que resulta enormemente difícil determinar cuál será su evolución futura.

Respecto a este último punto y al período de la crisis liberal clásica y de la implantación de los sistemas de democracia formal, no podemos olvidar la diferenciación establecida por Max Weber entre dos tipos de moral: la «moral de la responsabilidad», según la cual no se juzgan las intenciones sino las consecuencias de los actos, y la «moral de la fe o de la conciencia», que sitúa el bien en el respeto incondicional de los valores establecidos, al margen de las consecuencias de los actos. A lo largo del siglo XX, este tema (mezclado con el de la «culpa» por la gran barbarie desatada por los pueblos aparentemente civilizados) va a convertirse en uno de los grandes ejes de la reflexión filosófica, social y política. A largo plazo, esta tensión se intentará resolver con el artificio de la institucionalización del recuerdo (la pretendida memoria histórica), del perdón político y del restablecimiento de lo «políticamente correcto».

Los límites de la democratización sudeuropea

En relación con nuestro tema, debemos tener presente que, por ejemplo, un ciudadano catalán que tuviera unos cuarenta años en 1939-1940 y que, por tanto, alcanzara el umbral de la vejez en 1960, convertido en una u otra forma de referente, era una persona-tipo nacida en el 1900 catalán-español-europeo; así pues, sus referentes directos (familiares, escolares, sociales) se situaban en el último cuarto del siglo XIX. Esta persona habrá vivido la Semana Trágica siendo un niño (1909); la crispación de los años de la Gran Guerra y de la posterior «guerra social» (el equivalente catalán del «Bienio Rojo») siendo aún joven; la dictadura de Primo de Rivera dos años antes de poder ejercer el voto, a una edad de apasionamiento y de propensión a la acción; y la Segunda República en la primera madurez (1931-1936), en unos años de consolidación personal que se verán truncados por el estallido de la Guerra Civil en julio de 1936. A lo largo de sus primeros cuarenta años de vida se habrá producido en

él un choque brutal entre las enseñanzas recibidas y los valores heredados de la infancia (la base de su identidad individual y colectiva) y los frenéticos acontecimientos que le ha tocado vivir, incluida la confrontación entre el sistema democrático y el dictatorial. Para él han cambiado el valor de las palabras, el sentido de las relaciones sociales, los personajes de referencia, incluso los estilos de vida. En su vida no sabe si tiene sentido o no la famosa frase de Renan: «La manera con que un individuo se expande en la vida es el resultado de los hábitos y las experiencias adquiridas por sus antepasados» (1876). Por más que consideremos las grandes declaraciones de los políticos, la forma de vivir la democracia descansará sobre esta dinámica de la particularidad que se ha convertido en masa y se ha despersonalizado en estos años de gran tensión y de cambio acelerado.

Los sistemas democráticos de sufragio universal masculino se implantan sobre los anteriores sistemas liberal-parlamentarios de tipo censitario, sin que por ello se modifiquen las viejas hegemonías sociales, por lo menos durante una fase inicial que, según las distintas áreas, puede resultar considerablemente larga. La consolidación de los sistemas políticos modernos, masificados y progresivamente burocratizados, deberá abrirse paso en medio de las tensiones que genera esta convivencia entre lo viejo y lo nuevo. El florecimiento de la sociología de las élites (Mosca, Pareto, Ortega, etc.) y de las castas (Weber, Spencer, etc.) responde a esta situación. Por otra parte, sabemos que la implantación democrática representa un logro fruto de la presión desde abajo, de la tendencia a la adaptación de los sistemas políticos a los cambios sociales y económicos que experimenta la sociedad (nivel de bienestar, de alfabetización, de seguridad, de regularización del trabajo, etc.), y que se corresponde con la pérdida de poder de las oligarquías tradicionales. El cambio político se asocia con los progresivos éxitos de la presión política y sindical popular. Pero acabamos de ver que las hegemonías no cambian con igual rapidez, y que las mentalidades de las masas (las que se forman mediante la suma de catalanes prototipo como el que mencionábamos más arriba) constituyen una tensión de fondo que adquirirá una dimensión relevante durante el proceso histórico de la implantación democrática. No podemos idealizar este proceso, por lo menos en áreas de democratización débil como en la mayor parte del Mediterráneo. La radicalidad social y la larga inestabilidad

institucional, del sistema político y del conjunto de la sociedad, en definitiva, constituyen las pruebas del sentido que debemos dar a esta confrontación entre democracia y dictadura.

No debe olvidarse, tampoco, que este proceso de naturaleza política, institucional y cultural va a coincidir en el tiempo y a lo largo de toda el área mediterránea con grandes transformaciones sociales y cambios en la distribución geográfica de la población que se traducirán, por sus dimensiones, en grandes oleadas migratorias. A pesar de estos cambios, en la periferia mediterránea las oligarquías van a resistirse a perder su ancestral control social y político y van a poner toda suerte de trabas a la modernización del personal político, de las instituciones y de las prácticas políticas a todos los niveles, van a ejercer asimismo toda suerte de violencias sobre los sistemas constitucionales, etc. Resulta evidente que estos comportamientos en unas élites que viven para sí y preocupadas por no perder su estatus tradicional, a costa de perpetuar toda suerte de violencias, iban a provocar reacciones importantes en los comportamientos de las masas: apoliticismo activo, abstencionismo electoral, fraccionamiento, evolución espasmódica del sufragio, etc. El grado de compromiso de las masas con un sistema político establecido que formalmente evoluciona en un sentido democrático no podía ser ni elevado ni estable. Esta consideración debe tenerse presente cuando se trate del choque entre estas democracias y la agresión dictatorial. En sentido opuesto, estas mismas tensiones van a mantener viva durante mucho tiempo la tentación revolucionaria, casi siempre vista como una revuelta liberadora y purificadora de la que ha de surgir un mundo mejor.

El paso de una de estas situaciones democráticas «débiles» a otra dictatorial (sea del signo que sea) se realizará de forma traumática (golpe de Estado, guerra, etc.) o de otra forma en la que hasta cierto punto se respete la legalidad vigente, aún violentándola, pero con una coartada compartida respecto a la existencia «real» de una situación de peligro inminente para la nación, la sociedad y el Estado y sus instituciones. En ambos casos el tránsito estará protagonizado por una minoría decidida, convencida y disciplinada; pero mientras en la segunda situación puede hablarse, cualesquiera que sean los motivos, de la aparición de un cierto grado de consenso sobre la conveniencia de un cambio de rumbo en la orientación del proceso general de modernización y democratización de la sociedad, en el primer caso la

violencia que lleva implícito podrá servir de coartada dado que, si bien no se produce un rechazo activo determinante, sí que podremos referirnos a una situación de disenso fruto del control y de la violencia represiva. No creo que deba confundirse el debate doctrinal que se produce entre los dos regímenes políticos con el proceso histórico de estas transiciones que se producen en Europa durante el período que se extiende entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Esta perspectiva de análisis permite matizar la abundante literatura destinada a glosar este paréntesis histórico en el que se produce la gran derrota de la democracia occidental (aunque en algunos países no tenga la fuerza suficiente para provocar un cambio de régimen). El ascenso de la «antidemocracia» («liberticida» como se la denominó en Italia durante la campaña electoral de abril de 1924) debe situarse en la fase previa al uso indiscriminado del terror y la violencia. Se trata de un momento en que tenderá a hacerse evidente la distancia histórica entre el «país oficial» y el «país real», en el que jugará un papel activo el «cansancio de Estado» con que los sectores populares han vivido la arbitraria burocratización que ha acompañado la consolidación democrática anterior; como un modelo propio de unas élites urbanas. En España, por ejemplo, el avance de las tropas franquistas durante la Guerra Civil encontró una resistencia escasa en las áreas rurales del Sur, menos desarrolladas y con poca tradición democrática y escaso consenso respecto a la necesidad de defender un Estado que siempre se había vivido como una realidad lejana y ajena.

El argumento del «prefascismo»

En otro orden de cosas, se ha insistido en el hecho de que la deriva antiparlamentaria que se extiende por Europa en el primer tercio del siglo XX se justifica por la existencia de una profunda crisis continental que algunos llegan a elevar a la categoría de una crisis de civilización que se hace evidente desde el último cuarto del siglo XIX, afectando a todas las esferas de la actividad humana. Con esta interpretación se matiza hasta cierto punto aquella otra visión que considera las experiencias dictatoriales como un paréntesis de anti-Ilustración en el ascenso de la civilización occidental, una reacción espasmódica y una adaptación desorientada frente al gran impacto producido por la Gran Guerra y la revolución en Rusia; un paréntesis enfermizo que se

cerrará tras la gran victoria democrática de 1945. El mantenimiento de las dictaduras en algunos países mediterráneos más allá de 1945 contradice la teoría de la excepcionalidad histórica con una crueldad difícil de olvidar.

La obra de historiadores como Zeev Sternhell se centra en el estudio de este período «prefascista» y en la estructuración de una cultura (rápidamente popularizada por la nueva prensa de masas) determinada por la nueva sensibilidad agresiva nacionalista, por el hábito del recurso a la fortaleza y a la superioridad racial, a la violencia y a la guerra (todavía extraeuropea); una situación que fija por vez primera el culto al Estado, que acostumbra a la gente a la burocratización creciente del mundo político, institucional y laboral, y en la que la vida parlamentaria se identifica con la corrupción y un renovado predominio de las élites. Un mundo, en definitiva, en el que la violencia social confiere un tono a menudo dramático y siempre amenazador al acceso de las masas a la vida pública. Con todo, pienso que los padres intelectuales de esta situación «prefascista» (partiendo de Tocqueville y pasando por Burckhardt, Renan, Weber, Spencer, Sorel, Durckheim, Michels, Mosca, Pareto, etc. –en Cataluña se ha querido situar en esta tradición a Eugeni d'Ors–), tenían como preocupación principal el estudio de los problemas reales de la implantación democrática del liberalismo y de los efectos de la segunda Revolución Industrial en los comportamientos cotidianos. En definitiva, se preocupaban por entender, en palabras de Jacob Burckhardt, uno de aquellos momentos de precipitación histórica en que la Humanidad parece poner en juego «toda su capacidad de esperanza». Debemos tener presente que en su horizonte cotidiano la democracia política aún no representaba un sistema europeo definitivamente consolidado; es por todo ello que, lo que se suele considerar como una crisis cultural «prefascista», se refiere en realidad a una cultura del desconcierto democrático.

Tras el impacto pasional de la Gran Guerra y en relación con el anterior desconcierto democrático, el fascismo va a prometer (nueva ilusión frente a la depresión) a las masas un cambio (la gran sugestión revolucionaria de la acción frente a los convencionalismos intelectuales) gracias al cual se saldrá del callejón sin salida democrático, aunque sin romper del todo con las bases esenciales de la tradición (a la que pretenderá potenciar como real, no intelectual o convencional). Frente al desconcierto

se proclamará enfáticamente que las cuestiones básicas tan solo se pueden atender por la acción voluntaria, la psicología colectiva (la contraria a la arrogancia elitista), esto es, la acción decisiva de la mayoría bajo el mando de una voluntad dirigente (primacía de la acción). Este extremismo tan sugerente tuvo también en esta época su versión revolucionaria de izquierdas, en la que la visión inclusiva de pueblo nacional se sustituía por una visión excluyente y agresiva de clase.

Si no se entiende este complejo inicio de las experiencias dictatoriales, difícilmente se podrá entender el posterior y asincrónico paso de la Europa «totalitaria» a la Europa democrática. ¿Se tratará del retorno a la senda occidental interrumpida por la violencia, o del inicio de una situación en gran parte nueva en la que, frente a la excepcionalidad, se busca la democratización definitiva (ya sea la democracia parlamentaria o la popular)? Con todo, no podemos olvidar que la voluntad universal de democratización posterior a 1945 va a contar con la democracia mediatizada del caso italiano y con las dictaduras de Portugal, España y Grecia como excepciones dentro de un voluntarioso «espíritu de época» democrático.

El primer escenario del fascismo se relaciona con el creciente hábito de la guerra que se instala en Europa desde fines del siglo XIX; con la creciente falta de respeto por la vida, por el orden económico establecido y hacia las instituciones que hacían posible la estabilidad y la misma continuidad del sistema; en definitiva, una falta de consenso propio de una Europa que se urbaniza de forma acelerada a base de oleadas provenientes de un mundo rural al que hasta la fecha se había mantenido absolutamente al margen. Un ejemplo significativo lo podemos hallar en la Guerra Civil española. Durante este conflicto, la mayor parte de los discursos «políticos» se orientarán a denigrar la España «roja» desde un bando, o a ensalzar la épica antifascista desde el otro: las alusiones a la necesidad del fortalecimiento institucional y democrático se irán reduciendo con el paso de los meses en el propio bando republicano.

Situaciones como esta no pueden ser juzgadas desde los prejuicios actuales. Así, sin ánimo justificativo alguno, debemos tratar de entender las circunstancias que acompañaron las actuaciones individuales y colectivas en este lance tan dramático. Debemos intentar comprender, por ejemplo, qué es lo que movió a un intelectual refinado y mundano como Pierre Drieu La

Rochelle a cometer la aberración de visitar el recién estrenado campo de concentración de Dachau y acabar resaltando la simplicidad de sus formas, para quejarse acto seguido de la «persistente y decidida resistencia de determinados elementos» frente al imparable ascenso del fascismo. Debemos tratar de entender qué cosas congelaron la historia a determinados individuos de signo político muy distinto, provocando el definitivo trastorno de sus propias biografías.

Por más que debamos estar de acuerdo sobre la diversidad de los fenómenos que se engloban bajo la categoría de fascismo, tampoco podemos olvidar la simultaneidad temporal que presidió su ascenso y desarrollo. Esta coincidencia temporal creó un impacto colectivo tal que en ocasiones deja en segundo lugar la preocupación taxonómica. Las esperanzas y los miedos se desataron en una secuencia global, que no obstante se vivió a través del filtro de las herencias y el horizonte de expectativas de cada individuo y de cada grupo. A los protagonistas de la época, la gran confrontación entre democracia y dictadura les preocupó de forma global, como un problema de época que les implicaba a escala planetaria.

Pongamos el ejemplo de George Orwell, llamado a convertirse en un auténtico mito de época, hasta ser considerado en la actualidad democrática como un prototipo del intelectual antidogmático, rodeado de un halo de compromiso agrandado por su muerte prematura. Pero Orwell no deja de ser Erich Arthur Blair (1903-1950), inglés por cultura (que no de nacimiento), crítico e intelectual sofisticado, a quien costó mucho comprender el ambiente confuso y vital que reinaba en la Barcelona revolucionaria desde su llegada a la ciudad en el mes de diciembre de 1936. Lo que resulta interesante es ver cómo Orwell proyectó su anglosajón liberalismo radical sobre sus vivencias españolas, tomando partido en la lucha que se desarrollaba en el frente catalán entre comunistas, trotskistas y anarquistas.

El caso catalán

Unas breves notas finales sobre el caso catalán. Como parte del Estado español, Cataluña ha sufrido durante el siglo XX dos dictaduras, cuarenta años largos de antiparlamentarismo agresivo que le confieren una triste experiencia en este terreno, experiencia nefasta que comparte con otros países del espacio mediterráneo.

La primera dictadura (1923-1930), nacida en la misma Cataluña tras un golpe de Estado militar incruento, quiso ser una suerte de antídoto para frenar la aceleración histórica que se desencadenó por el impacto de la Gran Guerra y que se manifestaba a través de la cuestión nacional catalana, las tensiones sociales y la crisis colonial. La segunda dictadura (1936-1975) va a centrar su «justificación» en el peligro de desmembramiento del Estado por obra del «separatismo catalán», y en los efectos disolventes del reformismo republicano-socialista; así, se fijará como meta la restitución del orden tradicional, la desmovilización de las masas y el emparejamiento de España con las experiencias totalitarias que se están afianzando en la Europa de aquellos años. Como se puede apreciar, en la particular dialéctica española entre dictadura y democracia, Cataluña ha jugado siempre un papel de primer orden, y por este motivo no podemos dejar de considerar la perspectiva hispánica cuando analizamos sus efectos sobre Cataluña.

Paralelamente, desde el último cuarto del siglo XIX, Cataluña se ha enorgullecido de ser la puerta de entrada de la modernidad europea en el apartado reducto cispirenaico. Este elemento histórico, convenientemente magnificado por la propaganda de algunos sectores catalanistas, ha acabado convirtiéndose en una cierta conciencia colectiva y, con ello, en parte de las estrategias «regionales». En las relaciones dinámicas entre Cataluña y España se ha podido afianzar con relativa facilidad la condición periférica y extranjera de un área que se resiste a la uniformización. En función de esta particularidad, se ha podido argumentar que la confrontación local entre dictadura y democracia no era en realidad una cuestión catalana y que no se habría producido si el resto de España hubiese compartido una civilidad moderna con Cataluña.

No obstante, este punto de vista debe ser matizado. Como hemos visto a lo largo de estas notas, no podemos olvidar que la confrontación entre dictadura y democracia constituía un debate perfectamente enraizado en la dinámica europea occidental, y que el reto antiparlamentario había surgido, antes que en cualquier otro lugar, en países donde estaba en crisis la modernidad avanzada. Aun en el caso hipotético de una Cataluña independiente y también neutral durante la Gran Guerra, la radicalidad de su crisis social, el peso creciente de los sindicatos (desde 1918), la violencia corporativa patronal, el progresivo cuestionamiento de las instituciones

tradicionales o el rápido deterioro de los partidos políticos hubiesen constituido el telón de fondo idóneo para el estallido del antiparlamentarismo.

Así pues, debemos revisar las condiciones específicamente catalanas de la construcción de la moderna democratización y de la nacionalización social, económica, cultural y política en relación con el proceso concomitante en el resto de España. ¿Quién creía en la democracia en 1923 y quién se hallaba comprometido en su defensa a toda costa? ¿Quién se hallaba comprometido en la democratización de la juventud, un sector excluido de la política durante el septenio primoriverista, pero al que le tocaría defender la democracia de 1934 en adelante? Son cuestiones que debemos tener muy presentes y que es necesario adaptar al caso concreto catalán para entender las situaciones de consenso y de disenso que iban a producirse en la dramática coyuntura de 1939-1945. Como es lógico, también en Cataluña se produjo la reflexión acerca de sobre quién debía recaer la responsabilidad de la derrota de 1939; y como sucedió en otras partes, este debate comportaba una dramática revisión del pasado colectivo, más dramática si cabe en este caso, puesto que debía realizarse partiendo del exilio y de la consideración interior de derrotados.

Como apuntábamos al iniciar estas notas, la historia comparada presenta grandes ventajas, pero también nos pone trampas que pueden llegar a contrarrestar los beneficios pretendidos. Parece fuera de duda que Cataluña presenta una clara sintonía con el espacio europeo circundante. No obstante, según cuál sea la forma en que analicemos estos puntos de contacto, la sintonía podría llegar a ser engañosa. La falta de un Estado independiente, la existencia de una Universidad forzada por el sistema uniformista a depender de la Universidad central de Madrid, los déficits en infraestructuras, las limitaciones impuestas a las iniciativas privadas que pretendieran llenar vacíos generados por la ineficacia estatal, etc., son elementos que producen serias distorsiones a la hora de comparar la evolución de Cataluña durante este primer tercio del siglo XX en lo que atañe a la gran confrontación entre democracia y dictadura. Resulta determinante, por ejemplo, la existencia de intelectuales de signo conservador que, antes de la Gran Guerra, se implicaron en la vida política e institucional liberal y que, durante los tensos años «rojos» de la posguerra, optaron mayoritariamente por la vía democrática y explícitamente antidictatorial.